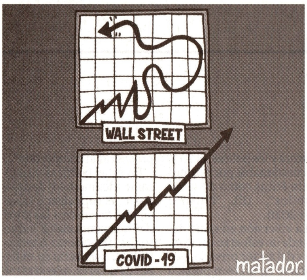
Opinión

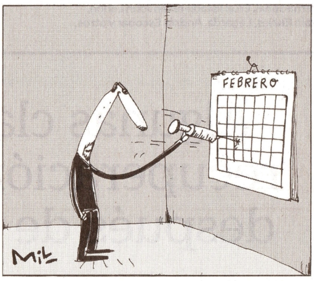
EN CARICATURAS

'Locos' indicadores



'Goticas milagrosas'

Le tiene fe al mes que viene



De la vacunación, ISA y las reformas

Sentido de urgencia

Carlos Caballero Argáez

El año pasado concluyó, como ocurre siempre, con una sensación de optimismo sobre lo que traería el nuevo. La actividad económica estaba mejorando.

Esa sensación se evaporó en enero. La crisis sanitaria se agudizó y los confinamientos están dando al traste con el rebote de la economía. Mientras tanto, el Gobierno Nacional se adormiló. El sentido de urgencia brilla por su ausencia, aunque los meses por venir serán cruciales en lo económico y en lo político para definir la suerte del país en los próximos años. No parece haber conciencia de ello ni en el Gobierno, ni en la clase política ni en la dirigencia privada.

La vacunación, el control del virus y la reactivación económica van de la mano. De ahí la carrera. Hasta no vacunar entre un 70 y 80 por ciento de la población no podremos dejar las restricciones ni el aislamiento social, que frenan el crecimiento de la economía y la generación de empleo. Pero nos cogió la noche. Así la vacunación se inicie en febrero, vamos a pasar el resto del año y parte del siguiente con crisis sanitaria y vacunando. Por tanto, la verdadera recuperación de la economía solo se verá por allá a finales del 2022. Y se corre el riesgo de más cuarentenas y restricciones en los meses por venir. Es frustrante observar la velocidad con la cual actuaron otros países.

****

La vacunación no es lo único urgente. Está bien comprobado que la pandemia amplificó los desequilibrios sociales y económicos en el país, lo cual exige un cambio de visión sobre la estrategia política y la política económica. La reducción de la pobreza y de la desigualdad es indispensable. Una sociedad en la cual cerca del 50 por ciento de su población es pobre y se encuentra en la informalidad laboral no es viable.

Así, en medio de la pandemia, quiérase o no, hay que debatir las reformas: la laboral, la tributaria y la pensional. Ojalá con criterio de mediano y largo plazo. Las ideas están claras y los estudios existen. No es cosa de aumentar el recaudo tributario recostándose otra vez sobre las empresas y las pocas personas naturales que pagan impuestos, para volver a la senda fiscal anterior. Hay que dotar al Gobierno Nacional de recursos permanentes para apoyar los programas sociales, formalizar el empleo y eliminar un subsidio tan regresivo como el de las pensiones. Esto implica aprobar una reforma tributaria distinta a las del pasado más reciente.

****

La alternativa de vender la participación del Gobierno Nacional en ISA, que se movió esta semana con la oferta que hizo Ecopetrol por ese 51,4 por ciento de la empresa, cubriría parte del faltante de año (1 por ciento del PIB), pero no genera los ingresos permanentes al Gobierno central que evitarían estar en las mismas afugias el año próximo.

La operación que se plantea es de naturaleza fiscal, dentro del Estado: emitir acciones en Ecopetrol y obtener recursos de endeudamiento para pasarlos a la Tesorería Nacional. Lo de menos es la transición energética de Ecopetrol, el mercado de valores, o la misma ISA. Todo ello por el afán, el miedo a las reformas y la incapacidad política.

Lástima grande dejar de hacer lo que toca hacer. Que no es diferente, como lo explicó Eduardo Lora en una columna en la revista *Semana*, a ofrecer a los pobres, a la población vulnerable y a las clases medias "la protección social y las posibilidades laborales que están pidiendo a gritos. Por eso se necesitan las reformas de los sistemas de pensiones y las prestaciones sociales, así como profundos cambios en el régimen laboral. Y como estas cosas implican costos fiscales, deben hacerse en forma coordinada con una reforma tributaria que recaude más" ('Reformas económicas: ¿víctimas del enredo de las vacunas?', 21 de enero de 2021).

Todos tus muertos

Dolor por los demás

Adolfo Zableh Durán

A veces ser prudente ante la muerte es lo más indicado, en especial si no se conocía al personaje, como acaba de pasar con Carlos Holmes Trujillo. El fallecimiento de alguien público es una línea frágil, más delgada que las delgadas líneas que solemos atravesar con poco miedo y con mucha insolencia, porque genera sentimientos irracionales e imaginarios, pero que juramos reales y hasta justificados.

Se supone que la muerte es un suceso lamentable, pero ni idea, no lo tengo tan claro e incluso la mía propia me sorprenderá lleno de incertidumbres al respecto. Se supone que debemos entristecernos, pero la verdad es que nunca sé cómo reaccionar; no supe cómo sentirme con la muerte de mi padre y me tomó meses procesar el asunto, mucho menos voy a saber qué sentir con el fallecimiento de un hombre del que solo sabía por las noticias y los comentarios de algunos conocidos.

Si me dejara llevar solo por eso, me mostraría temerario en mis declaraciones. Mucha gente se ha, incluso, alegrado por lo que le pasó a Trujillo, y aunque entiendo que la rabia puede llevarnos a la indolencia y la agresión, yo no me atrevo a tanto, ya no. Cuando le bajas a tu dosis de odio y, encima, piensas cada vez más en tu propia muerte y la de los tuyos, eres más cauteloso y sensible con la de los demás.

Por eso, aunque fuera alguien que representaba a un gobierno con el que no comulgo, entiendo que Trujillo era una persona como cualquier otra, con miedos y errores, y que escogió un camino donde ganarse el odio colectivo es muy fácil. Sin embargo, viendo la tristeza de su familia, basta con tener una cabeza medianamente en orden para dejar por un instante los sentimientos personales y solidarizarse con su dolor. Sé que no es sencillo y tampoco le estoy pidiendo a nadie que lo haga, porque se trata de una decisión personal. Al final, cada uno lidia con sus decisiones y ajusta en soledad sus propias cuentas.

La muerte de Carlos Holmes Trujillo trasciende el hecho en sí y, al margen de los decretos y protocolos que implican la pérdida de un alto funcionario del Gobierno, vuelve a dejar en evidencia la indolencia del actual gobierno y su doble rasero a la hora de considerar a sus gobernados. En este momento de la historia se siente más que nunca que en este país hay ciudadanos de primera y gente prescindible, y que a la institucionalidad le duelen más unos que otros.

Colombia es un taxímetro de la muerte, un lugar donde la vida vale menos que una gaseosa, y a diario asistimos a fríos comunicados, o al silencio incluso, sobre crímenes cometidos contra seres anónimos. Lo que se pide no es que se obvie el duelo por Trujillo, sino que se muestre dolor por los otros muertos, que no son pocos, algo que, cada vez estoy más convencido, no va a pasar en esta administración. Es desgastante sentarse a esperar algo que nunca va a llegar, y duro el camino que lleva a la aceptación.

Este año se han disparado las masacres, los asesinatos de líderes sociales y desmovilizados, y es como si aquí no hubiera pasado nada. Apenas un comunicado oficial que es como un formato Minerva, la copia de la copia de la copia, y promesas de investigaciones que no se sabe en qué terminan. Eso, sumado a las trescientas muertes diarias por coronavirus; ya pasamos los cincuenta mil, un estadio mundialista lleno de muertos.

Es difícil fingir que la gente nos importa cuando en realidad no es así, por eso Duque sigue anunciando en su programa de televisión el número de muertos por covid como si estuviera cantando los números en un bingo, mientras que se lo vio dolido por la muerte de su ministro de Defensa. Y es entendible, al fin y al cabo quien murió no fue solo uno de sus colaboradores más cercanos, sino un amigo, pero no se puede tener un margen tan amplio y pasar de la indiferencia al dolor extremo por un solo muerto, que él no es un ciudadano cualquiera, sino nuestro líder. En teoría.

Cosas que pasan

Lucy Nieto de Samper

Duelo nacional

La última etapa en la vida del ministro de Defensa, Carlos Holmes Trujillo, fue la más complicada. Los senadores Jorge Robledo y Roy Barreras lo citaron a un debate en el Congreso, luego de la violenta intervención de la Fuerza Pública en contra de una población que protestaba contra decisiones o indecisiones del gobierno del presidente Iván Duque. El debate se inició, y varios congresistas renovaron sus críticas al ministro y a la Fuerza Pública; pero con artimañas y sus conocidas 'jugaditas', los congresistas del Centro Democrático lograron abortar el debate.

En todo caso, es bueno reconocer que después del expresidente Álvaro Uribe, amo y señor del Centro Democrático, el personaje de ese partido más interesante, más destacado, mejor preparado y con mayor experiencia en el manejo y la administración de asuntos públicos, de los intereses y necesidades nacionales era el ciudadano vallecaucano Carlos Holmes Trujillo, primer alcalde de Cali elegido por votación popular. Durante su trayectoria política, administrativa y diplomática fue alto funcionario en los gobiernos de Ernesto Samper, Andrés Pastrana, César Gaviria y Álvaro Uribe. Regresó al país cuando llegó al poder el presidente Juan Manuel Santos.

De la vida, pasión y muerte del importante colombiano, de su exitosa trayectoria política, diplomática y oficial se ocuparon los medios de comunicación del país y del exterior. No obstante, no sobra comentar algunos pasajes de esta movida e interesante historia, porque, aunque lo han señalado como el personaje más importante del Centro Democrático, lo cierto es que de puertas para adentro el ministro Trujillo no era una pera en dulce. Era más bien un trago amargo, porque en el CD abundan los aspirantes a la presidencia de la república. Y Carlos Holmes Trujillo era para ellos peligroso rival.

> "La trayectoria pública del ministro fue notable. Lo demostraron la conmoción nacional e internacional que produjo su partida y los homenajes póstumos que le rindieron.

De convicciones liberales y miembro del Partido Liberal, Carlos Holmes Trujillo trabajó por largo tiempo en representación de ese partido. De regreso a Colombia, tras desempeñar altos cargos diplomáticos en diferentes países, y tal vez desencantado por la decadencia de su propio partido, cortó amarras. Tropezó entonces con el expresidente Álvaro Uribe, le interesó su política y se unió a su causa. Como nuevo miembro del Centro Democrático aspiró en dos ocasiones a la presidencia de la república. Derrotado por Iván Duque, se convirtió en ministro estrella de ese gobierno.

Como ministro de Relaciones Exteriores, se encontró en su salsa. Viajes al exterior, intercambio con diplomáticos de otros países, asuntos internacionales por atender y resolver, en todo lo cual era experto. Pero ese interesante trabajo le duró poco. Los errores y horrores cometidos por el primer ministro de Defensa, Guillermo Botero -hoy embajador en Chile-, forzaron al funcionario a renunciar. En su reemplazo el Presidente nombró a Carlos Holmes Trujillo, y así pasó de alternar con embajadores en Colombia sobre política exterior a ocuparse de la seguridad: a derrotar mafias y grupos insurgentes, y defender el país.

Malinterpretando el deber de mantener la seguridad ciudadana y abusando del manejo de las armas, lo que hizo la Fuerza Pública fue excederse en el cumplimiento de sus obligaciones y en el uso de armamento contra la población civil. Todo esto redundó en su contra y en perjuicio del ministro de Defensa, quien luego exacerbó a la ciudadanía al negarse a pedir perdón por los excesos cometidos por la Fuerza Pública. Entonces el ministro se echó encima la opinión pública.

Sin embargo, aparte de esos lamentables sucesos, la trayectoria pública del ministro fue notable. Lo demostraron la conmoción nacional e internacional que produjo su partida y los homenajes póstumos que le rindieron. Con altos y bajos, la trayectoria del ministro Carlos Holmes Trujillo fue sobresaliente. Por eso el Gobierno decretó tres días duelo nacional, con la bandera de Colombia a media asta.

lucynietods@gmail.com